A Ritmo de Sangre

Gilberto Guerrero

Image not found.

Capítulo 1

A Ritmo de Sangre
Quiero resaltar que al inicio de nuestra relación hubo algo que me resultó un tanto perturbador por decirlo de alguna manera, nada serio –supongo- aunque si lo suficiente como para hacerme cambiar de opinión y salir huyendo, por suerte no lo hice, jamás lo he hecho, con todo y que el olor a bestia muerta que se desparramaba de aquella alfombra vacuna dispuesta en la sala de juegos me hizo suponer que la chica con quien estaba era uno de esos tórridos personajes salidos del universo de Vigas Luna.
No creía equivocarme cuando percibí en el aroma emanado de la piel desprendida del cuerpo un persistente tufillo a morgue; tal percepción fue respaldada por la opinión algunos de los más experimentados patólogos que coincidían en que esa carne hedía ligeramente a eternidad.
No es cosa mía –lo juro- Cuando el universo se formó estableció sus propias reglas y desde entonces se empecinó en declarar: "Vida a cambio de vida" y para confirmarlo determinó obligatorio el sacrificio de sangre inocente para continuar con el espectacular espectáculo al que tanto cínicos como estoicos decidieron nombrar existencia.
En vida resultó ser un ejemplar tanto heroico como muscular, un formidable macho de cuello firme que modestia a parte me recordó un tanto a mí. Por cierto me llamo Francisco, Francisco Vázquez baterista y segundo al mando de una banda llamada Instituto Mexicano del Sonido o IMS como muchos nos suelen ubicar.
Tampoco creía equivocarme cuando dije en alguna reunión que las chicas -por obvias razones- tenían cierta afinidad con la sangre que a nosotros los hombres nos cuesta trabajo entender, esto propició que Gecko Turner sobresaltado osara llamarme "maricón". Le rompí la cara claro aunque debo reconocer que sus argumentos contenían una dosis bastante espesa de lógica y razón. Defendía el hecho de que la sangre no era un asunto de comadronas y adolescentes, sino algo mucho más estrechamente vinculado con cazadores, dinosaurios y carniceros.
Mientras los molares de Gecko corrían atemorizados a ocultarse bajo el sofá recordé a Norberto quien fuera el mejor amigo de mi abuelo quien por cierto era poseedor de varias carnicerías y estaba casado con una colombiana sencillamente excepcional. En mi niñez recuerdo haberme emocionado decenas de veces acompañándome con la imagen de las colosales piernas de aquella mujer tan peculiar que extrañamente durante el día lucían claras como la espuma de la cerveza que Norberto bebía con desenfado y por las noches se revelaban oscuras como el café que bebía mi abuelo con severidad; Dios, me parecía tan brava que pensaba que escapaba del lecho donde dormitaba con Norberto para salir a retozar con los toreros o con los toros o con el mas bravo que saliera a su encuentro.
Es extraño, a simple vista Norberto parecía un tipo pausado y prudente aunque en su juventud pudo ser un torero sobresaliente y las fotografías colgadas de las paredes pudiesen soportar tal afirmación pues en ellas se

apreciaban decenas de épicas y sanguinarias escenas de corridas en la monumental.
Mucho tiempo después, años después, celebrando en el Cara Dura los quince años de Wikipedia en la Ciudad de México, creí volverla a ver. ¿Pueden imaginar la emoción que experimente? Apuesto que si.
Ella me miró a pesar de la oscuridad, parecía mas que complacida con mi complexión, quizás porque jamás imagino que mi cuerpo se desarrollaría tan correctamente y menos porque en aquellos años mas que lánguido era yo tremendamente escuálido; ella tendría unos cuarenta quizás treinta, yo diez.
Esa noche me despedí temprano, subimos a su camioneta y condujo a toda velocidad con rumbo al Desierto de los Leones. En su radio sonaba Love Hurts de Incubus y con cada alto ignorado yo me convencía cada ves más de que aquella mulata con quien fantasee tantas veces no era la misma persona aunque compartían el mismo par de piernas que cual torre de babel rasgaban el firmamento.
Jamás conocí su alcoba; nos quedábamos en una habitación que apestaba –si me permiten decirlo- literalmente a cadáver de buey. Al siguiente día de nuestro primer encuentro caminamos tanto que llegamos hasta un mercado ubicado muy cerca del viejo barrio de Mixcoac. –Mi madre alguna vez quiso ser monja- me dijo de repente. ¿Y qué pasó? No lo sé, creo que desertó, huir del mundo es algo muy difícil -sabes- A mi me pasa que cuando quiero alejarme no puedo ya que todo está dentro de mí ¿te ha pasado? Creo que si.
La gira de “Otro Taquito” -nuestro tercer álbum- siguió su cauce y la corriente nos llevó por Zempoala, Hornitos y Guanatos, finalmente desembocamos en Nuevo Vallarta en un festival organizado por una marca de gomitas cuyo nombre no revelaré para no sentirme comprometido (ja) y en algún punto entre esos lugares recibí un mensaje de ella donde se despedía. Me informó de los planes que tenía, quería visitar a una tía suya en Lisboa y luego permanecería un año entero estudiando los castillos de Copenhague. Me instó a visitarla en cuanto me fuera posible. Luego de tres días y litros y litros de tequila la gira terminó y Camilo, el resto del grupo y yo regresamos al D.F.
Ya de vuelta, durante uno de mis habituales y cada vez más prolongados paseos -esta vez por el Pedregal- me encontré de frente con Pati Peñaloza y Luisito Dávalos gustosos asiduos de la Cineteca Nacional aunque en esta ocasión no iban ni venían de allá. Además de la bici compartían unas ojeras tan negras y tan profundas que decidí preguntar por el motivo de estas. Luis rompió en llanto mientras que Pati inútilmente trataba de consolarlo.
-Acaba de morir “Orsuela” una de las quinientas mil coquer de Luisito; sufrió toda la madrugada hasta apenas hace unas horas decidió sacrificarla. Luis era un manojo de mocos y nervios.
Los invité a pasear conmigo y anduvimos hasta llegar al mercadito de Mixcoac y después de asegurar la bici devorábamos todas las gordas de requesón y tlacoyos de haba que pudimos encontrar y muy a gusto –aunque Luisito no tanto- conversamos a cerca de la fallecida Orsuela, de

Los Licuadoras -la banda de Pati-, de las pelis de la Cineteca, de Otro Taquito y de la pasión que sentía el mejor amigo de mi abuelo por una monja torera colombiana que conoció tiempo atrás.
Sepuku & Bosanova

"El Tambache azul" es una publicación moderada, casi clandestina y siempre angustiosa que mes tras mes publican los alumnos de la maestra Argedid Jirafales quien fuera una estupenda poeta que llegó exiliada de la Argentina de Rafael Videla y aunque su origen un tanto incierto pudiese ser carioca, gaucho, nipón o incluso azteca resultó mas bien estrambótico. Su padre fue un ingeniero japonés que murió cuando ella cumplió la mayoría de edad y su madre una india Tupé que el viejo sacó del Amazonas al igual que los montones de castañas que extrajo de la selva para luego embarcarlas y venderlas en su país.
A su llegada al continente mientras descendía del buque el dependiente del censo preguntó por su nombre a lo que este respondió sin molestarse en retirar sus gafas oscuras: Nikito Nipongo dijo y siguió andando por la barandilla del muelle. Quién sabe de donde había tomado semejante nombre si es que aquello era un nombre aunque mas bien sonaba como una oscura broma aunque no tan oscura y macabra como la que le jugaría a su esposa veinte años mas tarde al encontrarlo muerto junto a su cama con el estomago y los intestinos de fuera.
Y es que resulta cosa jocosa mas no hilarante que tres de los más destacados japoneses que Argedid admiraba se hubiesen despojado de sus vidas y sus estómagos como quien hecha fuera de su organismo algo que le está enfermando.
Después de la muerte de su padre Argedid regresó a Japón y casi de inmediato se matriculó en la Universidad de Tokio y fue allí donde se enteró con repugnante sorpresa que su padre no fue el único amante del "Sepuku" que no es otra cosa si no el finísimo arte japonés de desollarse uno mismo; al señor Nikito le antecedió Yasunari Kawabata quien fuera ni mas ni menos que el primer japonés en ganar el Nobel de literatura en el convulsionado año del 68, lo que sugiere que para el alma humana –explicó alguna vez Argedid a sus alumnos- pueden llegar a ser nada los reconocimientos que otorga el mundo y prueba además que sin importar de donde provengamos nuestro origen siempre será un misterio, y que a la larga solo podemos aspirar a ser viajeros perpetuos como lo fuera Yukio Mishima autor de "El mar de la fertilidad" y "Caballos desbocados" una de las novelas predilectas de la maestra.
El deceso de Mishima fue mucho más perverso que el de Nipongo y Kawabata pues el mejor amigo del Premio Nobel de Literatura 1968 no pudo extirparse el aparato digestivo de un solo sablazo y antes de morir tuvo que retorcer y empujar incontables veces su espada samurai dentro de sí mismo antes de que lograra regar por el suelo sus entrañas. Pero lo más oscuro y sobresaliente de este suceso fue que Kimitake Hiraoka –su nombre real- planeará minuciosamente este insoslayable acto durante cuatro años.

Los estudios de Argedid continuaron llevándola a interesarse cada vez mas por los insondables recovecos y pasiones desmedidas del espíritu humano y Yamerito Tengonada que era el nombre que utilizó mientras vivió en Tokio formó grupos de poesía y debate además de que publicara su primer libro de poemas y consiguiera que dos de sus guiones fuesen comprados y usados para dos telenovelas muy aclamadas en Japón.
Un año después volvió a America pero esta vez no aterrizó en Rio sino que se fue mucho más al sur muy cerca de la Patagonia; alquiló un pisito en una colonia reservada de Buenos Aires y comenzó su vida como docente en la universidad. Poco después salió huyendo y llegó en calidad de refugiada a México cuando Videla diera el golpe de estado pues en ese entonces cualquier universitario maestro o alumno era considerado subversivo y peligroso para el nuevo régimen.
Durante el vuelo se enamoró de Reyes, Huidrobo, Huerta y Delfino y a punto estuvo de conocer también a Bolaños pero el espacio aéreo no le permitió. Cuando descendió del avión una comitiva de artistas e intelectuales organizada por la secretaría de cultura con muchos ánimos la esperaba y aunque sus pancartas versaban "Okaneri nasai Yamerito" ella se presentó con un imperfecto pero muy rítmico español como Argedid Jirafales. Esa tarde fue muy agradable y Argedid se sintió tan contenta como en mucho tiempo no lo había estado acompañada por sus nuevos y efusivos colegas y rodeada además de un aire de misticismo y fiesta como todo lo que acontece en aquel país. Jamás olvidaría ese día, su primer día en México.
Un buen día, es decir un deleznable día Angélica Font permitió que la taza con "hojas- zen" estallara en mil pedazos; nunca antes le habían temblado tanto las piernas ni siquiera en su primera vez. Como pudo se arrastro por un pasillo de la Facultad de Filosofía y Letras hasta llegar a las "islas" y en cuanto el aire golpeó su rostro vomitó los pambazos y el café de la mañana. No lo podía creer, Argedid Jirafales había muerto, su cuerpo pendía de un pupitre desvencijado, de su mano tibia aún colgaba un poemario de Pita Amor y en el suelo muy cerquita de sus celebres zapatillas rojas un ejemplar de la revista "Calambre" competencia directa del "Tambache azul" cuyo numero del mes de mayo fue dedicado a Virginia Wolf y Lord Byron, mientras que bajo sus muslos aún caliente oculta como quién oculta un acordeón a la hora del examen la foto de Héctor Jáuregui descrito por muchas como un tipazo fresco, buenote de esos que cada vez era mas inusual verlos andar por la facultad.
Aquella tarde lluviosa en la sala "Silvestre Revueltas" Carlitos Martínez Rentería fungió como maestro de ceremonias en el homenaje dedicado a la poetisa. Héctor jamás volvió a poner un pie en la universidad, Angélica Font dejó de alimentar al ruiseñor que hospedaba en una jaula que no era precisamente de oro y por si fuera poco un mes después "Calambre" fue premiada como la mejor revista universitaria dejando de lado al "Tambache azul".